

supuesto objeto ‘pueblo’ y llevar adelante un proceso revolucionario. Pero, como explica Sánchez-Cuenca, de manera progresiva en todos ellos va orientándose la utilización de estas herramientas violentas –en varios niveles y grados– en el objetivo exclusivo de la supervivencia de la organización. De hecho, al cabo del tiempo, la violencia es el activo que hace subsistir al grupo, amenazado paulatinamente por el creciente aislamiento social.

Y es que, dentro de sus características, una que resulta común a todos ellos es el hecho de que todas son organizaciones con un contenido muy individualista. Aunque la relación entre partidos y organizaciones existe con relaciones más o menos continuas, más o menos esporádicas, nunca actúan de manera conjunta. Es cierto que se muestran especialmente activas en buscar contactos más firmes en la década de los ochenta, cuando cada vez es más visible la amenaza del Estado.

Resulta curioso observar cómo en su final pocas organizaciones terroristas anuncian su disolución: solo RAF, IRA, ETA... Algunas cuestiones que se echan en falta en la obra es la falta de análisis sobre ETA, con lo que la intensidad y relevancia del fenómeno en España se ve reducido únicamente a la actividad de los GRAPO. Interesante resulta también observar la evolución de algunas de estas estructuras, como el final del Ejército Rojo de Japón, que termina en 1972 en un singular proceso de total ‘degradación’ interna, con torturas y asesinatos entre los propios compañeros.

Resultan de enorme interés las numerosas tablas y gráficas con análisis temáticos muy sugerentes en torno a la realización de esquemas comparativos y conclusiones. En resumen, un trabajo excelente, especialmente ante la complejidad y dificultad de abordar esta temática, pero que resulta muy necesario de entender y explicar. Como dice Sánchez-Cuenca en la página 238, pretende buscar respuestas a cómo

se produce ‘el paso trascendental de matar personas’. Resulta sencilla de entender la motivación investigadora...

*Emilio Grandío*

Universidad de Santiago de Compostela

GONZALO PASAMAR

*La Transición española a la democracia ayer y hoy*

Marcial Pons, 2020

La monografía del profesor Pasamar incide en un tema siempre presente, aunque temporalmente nos separe varias décadas. Siempre reiterada, siempre citada, la transición a la democracia en este país sirve como ‘causa’ o ‘efecto’, dependiendo de las voces que se escuchan. Pero no podemos negar que sigue siendo de actualidad. La obra en concreto es un estudio de memoria cultural, usos públicos e historiografía de la Transición española, con una excelente relación de listados, con todo tipo de recorridos cronológicos de esos años.

Desde el primer momento el autor divide un momento pre y pos ‘Arias Navarro’. Califica este gobierno como un ‘gobierno imposible’, pero también destaca el hecho de que la primera línea que se marca tras la muerte del dictador por el nuevo Jefe de Estado, don Juan Carlos, es claramente continuista. Pero no funciona. No se observa posibilidad de adaptación a la nueva realidad por esta vía. En estas primeras páginas sobrevuela por encima de este relato el papel que pudo tener Carrero en esos años, incluso después de su muerte. Su huella fue notable, ya que sobre él se edificó buena parte de los pilares del franquismo desde sus comienzos, pero también se basaba su continuidad. La tentación permanente del ¿qué hubiera pasado si...?

Pero si, por un lado, está la construcción de esa versión amable y positiva de los hechos acaecidos pocos años antes con gran celeridad,

la realidad era que se necesitaba un poso de mayor calado para cimentar el cambio. En la encuesta de Rafael López Pintor que se cita en el libro, se indica que, en 1980, un 29% de los entrevistados manifestaba que las ‘cosas habían ido a peor desde la muerte de Franco’. Textualmente ‘a peor’, y no ‘indiferencia’. Y es que hubo que enseñar a la gente lo que era la democracia. La contaminación sobre este concepto en los años de la dictadura resultó perjudicial para los primeros momentos. Uno de los intentos de mayor éxito en este sentido fue la creación y difusión de aquella colección denominada ‘Biblioteca de Divulgación Política’ entre la primavera del 76 y las elecciones del 77. Se generaba una nueva cultura, de comportamiento cívico y social, indispensable para marcar un antes y un después.

Hubo que difundir a la sociedad nuevos conceptos, nuevos términos. Por poner algunos ejemplos: el de ‘ruptura’, tema candente, sin duda, alcanzó en aquellos momentos una notable polisemia, diferentes significados; la propia convocatoria de las primeras elecciones a Cortes, tradicionalmente denominadas ‘Constituyentes’ nunca se calificaron como tal, en un rechazo mezcla de insistir lo menos posible en el recuerdo de la llegada de la República de 1931, pero también de negativa de los sectores procedentes del Estado de atisbar mínimamente algo que rompiera el ‘atado y bien atado’ del testamento de Franco. Y por encima de todo, el ‘consenso’. Una palabra que marcó especialmente los primeros años de la Transición, casi mágica, representativa de un nuevo espíritu, cuando la realidad de aquellos meses se encontraba bastante más cargada de sensaciones de incertidumbre, de pruebas y de violencia...

Y los partidos desarrollan también espacios internos para el estudio de esta sociedad sobre la que tendrán que operar en el futuro para consolidar el sistema. En el Congreso extraordinario del PSOE de septiembre de 1979 se

decide potenciar los estudios de sociología del partido. Y no es hasta la subida del PSOE al poder en 1982 cuando la mirada a los años anteriores comienza a tener un toque de nostalgia, pensando en lo que era antes de ese momento clave para el socialismo español que había sido solo tres años antes: 1979.

En esta obra se incide en la temprana construcción del ‘mito de la Transición’. Ya Areilza en la primavera de 1976 ‘bautiza’ a Juan Carlos como ‘el motor del cambio’ o, ya más estrictamente desde el análisis historiográfico, desde 1980 los ensayos de Jáuregui, Soriano y Chamorro intentan ofrecer una definición política de lo que era —cierto que por poco tiempo más— UCD. Se relata que la primera tentativa de fomentar de manera oficial el estudio de la Transición es de finales del año 1980 o principios de 1981: un contrato de investigación y un estudio a realizar ese último año. A ello le van a seguir la celebración de varios coloquios con este tema mezclando interpretaciones de un pasado bien reciente con la opinión exterior sobre el tema. Generalmente se citan dos encuentros que cimentan esta interpretación. El primero es el coloquio realizado en 1980 en la Universidad norteamericana de Vanderbilt (Tennessee), que consolidó, sin duda, esa unión entre ‘media’ e hispanismo. Sectores hispanistas, que el propio Pasamar considera básicos en este relato —les reserva un apartado entero—, que no fueron contruidos de la noche a la mañana. Monografías sobre la historia de España contemporánea tan difundidas y relevantes para la construcción del sistema como la de Raymond Carr, ya había sido editada en España en 1969 en tiempo extraordinariamente corto con la inestimable ayuda del embajador español en Londres. Se ponían al día los estudios sobre el pasado español, pero siempre participando del uso continuista en los autores ingleses sobre esa idea ‘romántica’ de España tan utilizada en los siglos XIX y XX.

Y la primera reunión en España fue en mayo de 1984 en San Juan de la Penitencia (Toledo), en donde se reunieron buena parte de los contemporaneístas españoles que, desde sus inicios en la profesión, marcarían el relato de la Transición. Pero... ¿se construía ese pasado desde la suficiente lejanía de análisis?

Resulta bien curioso constatar cómo el esfuerzo y la voluntad desde el Estado de explicar lo que ocurrió se incrementa en aquellos años, pero también se frena de manera rápida a finales de los ochenta. Aquel esfuerzo se centraba en el trabajo de autores como Santos Juliá, Álvarez Junco, Javier Tusell, Álvaro Soto, Abdón Mateos... El esfuerzo en la realización de Congresos a principios de los años noventa sobre la Transición y el franquismo desarrollados desde la UNED fue notable. Quizás habría que destacar algo más la continuidad de este esfuerzo en años siguientes, con revistas especializadas que siguen teniendo enorme impacto, como esta en la que leéis estas líneas, u otros proyectos.

Porque la década siguiente, la de los noventa, ve llegar relatos más pesimistas sobre ese pasado. El contexto mundial cambia tras la caída del Muro de Berlín en 1989. Se abre una nueva etapa, sin duda. Con el cambio de siglo llegan las menciones a una 'segunda transición', concepto desde luego mucho más difundido de manera interesada entre los medios políticos que una realidad basada en nuevos enfoques historiográficos sobre el objeto de estudio que señale algún corte sustancial en su percepción. Esos años noventa hasta el cambio de siglo están plagados de recuerdos sobre la Transición, pero generalmente desde una perspectiva estática, de consolidación del recuerdo, y centrado en actos conmemorativos que reafirma el carácter memorialista de la interpretación dominante.

Pasamar cierra en el año 2015 con tres referencias de futuro, cada una en su interpreta-

ción, generación y estilo, como Ferrán Gallego, Sophie Baby o Enmanuel Rodríguez. Puede ser que historiográficamente en poco tiempo observemos un corte generacional por estas fechas, una nueva etapa tras la crisis económica y la pandemia de carácter mundial.

Hay un afán de exhaustividad en la obra. Se mezclan comentarios del autor con comentarios de los autores analizados, pero inserta perspectivas temáticas sugerentes que solo se pueden observar desde un análisis de amplio recorrido como este. Un apartado sugerente resulta la comparativa de producción de la novela negra en la Transición y la memoria cercana, o el acercamiento a la historia cultural con listados cronológicos muy útiles para observar la evolución de varias décadas. Es, desde luego, una obra de clara voluntad de compilación, en la que hay que ir buscando ese hilo conductor, la hipótesis del autor sobre el tema. La presentación exhaustiva dificulta la comunicación de una interpretación líneal en beneficio de un planteamiento más erudito. Una obra de consulta necesaria para todos aquellos que demanden un primer acercamiento al tema.

*Emilio Grandío*

Universidad de Santiago de Compostela

Juan AVILÉS FARRÉ

*La estrategia de la tensión. Terrorismo neofascista y tramas golpistas en Italia 1969-1980.* Madrid, UNED-Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, 2021, 326 pp.

La expresión «estrategia de la tensión» la empleó por primera vez el diario británico *The Observer* tras el atentado cometido en la Piazza Fontana de Milán el 12 de diciembre de 1969 (que dejó diecisiete muertos y siete heridos). Esta locución designa habitualmente la actuación de un criptopoder que impulsaría a elementos neofascistas a cometer masacres (*stragi*) indiscriminadas durante los «años de